



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.^a — AÑO XIV. — TOMO XII.

NÚMERO 28. — Madrid 5 de Octubre de 1889.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	4 ptas.
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD
DEL ASILO DE HUERFANOS DEL S. C. DE JOSÉ

Director: D. FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fs.
Un año.....	5 "

SUMARIO

Texto.

La Década, Tordesillas. — *Geología y protohistoria*, discurso leído por el Dr. D. Juan Vilanova y Piera en su recepción de la Academia de la Historia (continuación). — *La Arqueología y el dogma*, Manuel Cacheiro Cardama. — *A Cervantes*, Carlota del Riego Pica. — *La Iglesia del Antiguo* (Recuerdo de San Sebastián), F. de Llanos y Torriglia. — *Historia de una madre*, por Andersen. — *Nocturno indiano*, Felipe Tejera. — *Crónica*. — *Notas sueltas*.

Grabados.

BEATITUD, cuadro de Santiago Rusiñol. — Los dos primeros versos de la conocida oda del Maestro Fr. Luis de León:

“Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido.....”

inspiraron al artista catalán el cuadro que reproducimos, sencillo en sus pormenores, sentido como poebs, sobrio de color y suelto en

la ejecución. El Cura de una modesta villa se halla sentado en el atrio de su iglesia, después de haber contemplado el horizonte que desde el muro se descubre, cuando aparece una niña del pueblo, con la que el bondadoso Párroco entabla diálogo. ¿Qué oirá esa rapazuela de labios del virtuoso Sacerdote? Lo que es presumible; que sea buena; que ame a Dios y a sus padres; que respete a la maestra, ofreciéndola en recompensa, una estampa de la Virgen del Rosario, una medallita y algo más.... Un puñadito de ciruelas, dulces como la miel que destila de los labios del Padre de almas, que éste cogerá de su huerto, para la inocente feligresa. La situación de las dos figuras, con gracia apuntadas, el espacio en que resaltan el campanario y las primeras casas del pueblo, el valle que se descubre y en último término, las montañas, tras de las que el sol descende a su ocaso, inundando la campiña de suaves reflejos, hállanse hábilmente interpretados, haciendo la composición simpática y agradable.

HONDONADA DE LA SAISON (ALREDEDORES DE BERLÍN), cuadro de Federico Stthal. — Berlín figura hoy como la tercera gran capital del mundo después de Londres y París. Desde el engrandecimiento del reino de Prusia, durante el reinado del anciano Emperador Guillermo, Berlín experimentó transformación radical. Sus calles plazas y pa-

seos ostentan grandes y suntuosos monumentos rivales de los más famosos del viejo continente; cuenta con palacios y edificios particulares, que en este punto la igualan con Viena. Entre sus diversos paseos y lugares de recreo, donde se aísla la gente del bullcio y disfruta de apacible calma, se halla el llamado *Hondonada de la Saison*, de que damos una magnífica vista. La perspectiva que ofrece este sitio es tan poética como atractiva. La buena sociedad berlina goza mucho en él. Stthal ha concebido este asunto con la amplitud que requiere; de la acertadísima composición pueden sacarse varios cuadros. Las figuras son producto de la realidad; el conjunto precioso. Raras son las obras que, como ésta, ofrecen vivo reflejo de la vida y costumbres contemporáneas.

PORTUGAL (CINTRA, MONSERRATE). — Cerca de Cintra y el camino de Collares existe el hermoso palacio de Monserrate, en medio de un vasto parque, donde en inmensa profusión crecen árboles de todos los climas. Un rico comerciante inglés hizo restaurar el edificio, tipo admirable de arquitectura árabe, que encierra objetos artísticos de incalculable valor. Monserrate dió albergue en otro tiempo al publicista británico Beckettord, á quien se debe un estudio de la vida portuguesa en los fines del siglo XVIII. Ya se advierte que el grabado es de una reproducción fotográfica.



BEATITUD, CUADRO DE SANTIAGO RUSIÑOL.

LA DÉCADA



El aspecto de la cuestión europea vuelve á ser poco tranquilizador. Alemania mira con recelo los aprestos militares de Rusia; Italia los de Francia, temiendo una inesperada agresión por los Alpes, en cuya previsión parece que organiza un ejército destinado á las fronteras francesas. Las nubes que se van acumulando en el horizonte político amenazan descargar para la primavera, si Dios no lo remedia y nos salva de la crisis tremenda que la guerra habría de traer. No deja de ser importante otra guerra que se cierne sobre los Estados de los Balkanes, hondamente perturbados con la ya fatigosa y enconada cuestión entre el Rey Milán y la Reina Natalia, de quien puede decirse con el poeta:

« ¡Ay, infeliz de la que nace hermosa! »

La ruidosa separación de este malaventurado matrimonio, asunto que ha gastado ya tanta letra de imprenta, ha costado muchas lágrimas, y es de temer que ocasione muchas más al joven heredero de la corona servia, víctima de las genialidades de su padre y privado de ver á su madre, no obstante de que la inñelz señora ha resuelto aproximarse á su hijo, contra las prohibiciones de su marido de que resida en Belgrado, donde ha llegado ya.

En la plenitud de la vida, pues contaba cuarenta y dos años, ha dejado ésta percedera, el Infante Don Augusto de Portugal, Duque de Coimbra y de Sajonia y hermano del Rey D. Luis, que heredó el trono de su hermano mayor D. Pedro V, de felicísima memoria. El último varón de la casa de Braganza Coburgo Gotha no gozaba de salud hacía bastante tiempo, y al fallecer deja al Rey en estado poco satisfactorio, pues la ciática que padece le tiene postrado en un sillón.

En Francia ha fallecido el General Faidherbe, que, á pesar de su falta de creencias, rompió en su última hora la cadena que le hacía esclavo de la materia, recibiendo los Santos Sacramentos de manos del venerable Arzobispo de París, caso frecuente, gracias á Dios, en muchos que viven desordenadamente y, como dice Campoamor, ordenan sus pensamientos en el instante de morir. Fuera de lo narrado, en síntesis, hay descarrilamientos de trenes que costaron la vida á varias personas; un duelo á la americana, y que recuerda el estado salvaje, en que dos revolvers han acabado con los dos contendientes. Que el Sultán de Marruecos ha dado satisfacciones y recibido regalos, estando ya salvos de la cañería los cautivos del barco *Miguel-Teresa*; la candente cuestión municipal de Madrid, que por esta vez ha desmentido el mentir de la *Gaceta*, que ha gastado bastante papel y ofrece gastar más; y la noticia, por todos recibida como cosa natural, de que el procesado Varela ha hecho otra de las suyas, volviendo á la cárcel de donde no sabemos si habrá ya vuelto á salir, ni por qué puerta.

*
* *

Ya hay partes que resumen los grandes premios por los españoles obtenidos en la Exposición de París. Estos no llegan á una docena, y será curiosa una estadística de la que resulte la proporción de lo que se llevan los franceses, comparada con la de las demás naciones. Claro es que ellos exceden á todas en productos y chucherías, pero aun así, ya tendremos ocasión de observar aquello de « Juan Palomo, yo me lo guiso y yo me lo como. » Copio de un periódico las siguientes medallas de honor:

« En Bellas Artes, el pintor Jiménez.

» Trabajos artísticos en hierro, Zuloaga.

» Hilados y tejidos de algodón, « La España Industrial de Barcelona » y los Sres. Parallada.

» Asociación de fabricantes de Sabadell, tejidos de lana.

» Compañía de minas de Asturias y Sociedad de minas de Vizcaya.

» Comisión general de España, por productos de caza y pesca.

» Instalación de tabacos de la Habana.

» Regino García, por su instalación de productos filipinos.

» Enrique Cuadra, por conservas alimenticias.

» González Biass, Llorens, Aurelio Segovia, Ayala y Sociedad de cosecheros, por vinos espirituosos. »

Concretándonos á las Bellas Artes, ya se advierte que en pintura triunfa el género de costumbres, reflejo, según piensan los mercaderes de París, del espíritu moderno. Los que pretenden acabar con la poesía han dado el cachete á lo que aquí llamamos historia, rama despreciada del arte, por los mismos españoles que desde allá han hecho crítica de *boulevard*, revista mercantil, juicios á vuela pluma si no á vuela sentido común, de los que se deduce que el arte espiritual, que el concepto del arte, no existe ó no debe existir, bastando con impresionarse y convertir en cosas las ideas. Bonito arte será ese, pero por muchos cuadros que hayan deslumbrado allí por el color, yo quisiera haber visto, y lamento en este punto mi ignorancia, los que han excedido en sentimiento, en pensamiento y verdad al lienzo de Gisbert « Fusilamiento de Torrijos », considerado por nosotros, los obscuros, anticuados é ignorantes, como una de las obras de más sentido, de más observación y de arte más perfecto que ha producido el siglo presente. Gisbert debe traerla á la próxima Exposición nacional, donde no puede haber Jurado, por parcial y mezquino que sea, que no la otorgue el alto premio que en justicia merece.

*
* *

Dos cosas interrumpen la vía pública: los pobres y los velocipedistas. Los unos piden, los otros atropellan. La mendicidad en nuestro pueblo es lacra para la cual no hay cicatrizante. Todos somos aquí pobres más ó menos vergonzantes; todos pedimos, ya en público ó en privado; tenemos que tolerarnos los pordioseros de fuera y los de dentro; los que alargan la mano en la calle ó los que la levantan amenazantes para dar un sablazo ó un disgusto, si no se les unta esa misma agresiva mano. La nueva locomoción de las bicicletas cunde y no es extraño: es tanto el lodo que debemos á los mangueros de la villa ó á los que en ella hicieron mangas y capirotes, que el mejor modo de salvar esos charcos y otros muchos es pasar sobre ellos á escape y sobre ruedas de acero. Lo malo es para los gordos, que no hay caballo rodado que pueda con ellos. Y gracias á que aquí no abundan los hombres de 300 libras de peso, como esos honorables asociados de los Estados Unidos, que acaban de celebrar su banquete anual, en que, según se cuenta, consumieron montañas de víveres, patatas y maíz verde. Los gordos de por esta tierra están flacos por dentro, ó por lo menos tienen flaquezas.

Fordesillas

GEOLOGÍA Y PROTOHISTORIA

DISCURSO

LEÍDO POR EL

DOCTOR DON JUAN VILANOVA Y PIERA

al ser recibido como individuo
de la Real Academia de la Historia.

(Continuación.)



No permitiendo la índole del escrito descender á mayores detalles, bastará saber para confirmar el sabor local de los megalitos como obra de un pueblo sedentario y agrícola, que á la diversidad de razas cuyos despojos se encuentran en lo que se llama Cámara sepulcral, y de objetos de industria, ora exclusivamente neolíticos, y también mezclados con el cobre puro y con el bronce, hay que agregar la diferente nomenclatura que se aplica para designarlos en los distintos países y aun en diferentes regiones de la Península, llamándolos mamotas y mamorras en Galicia, mamunhas y antas en Portugal, garitas en Badajoz y Cáceres, piedras de los sacrificios, sepulturas y altares en Andalucía, montón de tierra, *cabesó* y *castellet* por su aspecto y situación en algunas localidades de Valencia, *pedra dreta*, *palau dels alarbs* en Cataluña, etc.

Mas teniendo por fuerza que limitar el relato á lo más culminante en la materia, habrá de recomendarse, á los que por este linaje de disquisiciones se interesen, la consulta de las obras y memorias que, cual la de Góngora sobre las antigüedades de Andalucía, la de Cartailhac titulada *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal*, la de Villa-amil y Castro sobre Galicia, las de los arqueólogos lusitanos sobre el origen y antigüedad del hombre, etc., contienen cuantos detalles puedan desearse.

No era, empero, el megalito el único lugar de enterramiento á la sazón en uso; á menudo servíase el hombre de los abrigos y grutas naturales ó labradas con dicho fin, como las que ví en la Champagne, y los Tesoros, que contenía el Museo del barón Baye, en el pueblo de este nombre. En tiempos posteriores, cuando el metal puro cobre, y más tarde el bronce, alcanzaron gran desarrollo, se enterraban los cadáveres en fosas poco profundas, como se practica hoy mismo por los moros, y pude observar en 1881 en Argelia, lo cual inclina á decir que, mientras se siga este procedimiento, pulularán en el territorio las hienas y los chacales, á cuyas fieras les es tan harto fácil alimentarse de carne humana. Otras veces el sepulcro consistía en la conveniente colocación de lajas de pizarras, dejando un hueco donde se colocaba á lo largo el difunto, como se observa en la Fuente del Álamo, no lejos de Cuevas de Vera, donde descubrieron los Señores Siret otro modo de conservar los restos no incinerados humanos, junto con notorias riquezas neolíticas y de metal, colocándolo todo en grandes tinajas, costumbre que se observa en otros países, pero que los mismos afortunados exploradores dicen no atreverse á creer que haya sido importada por un pueblo extranjero; inclinándose, por el contrario, á considerarla como indígena, sobre todo en la zona de Argar, cuyo habitante se hallaba en las mejores condiciones para ello.

Constituye aquél un enterramiento distinto de todos los que se conocen; pues, aunque parecido á la conservación de las cenizas, según se advierte por lo común en los Túmulos, ofrece la diferencia capital de que las vasijas donde se guardaban en éstos los restos de la incineración son pequeñas, como las que he recibido de Ruguilla (Guadalajara), de Albox (Almería) y de otros varios puntos de la Península, mientras las otras son grandes y proporcionadas al



objeto á que se destinaban, supuesto que con frecuencia contenía cada tinaja más de un cadáver, y además vasijas, armas, útiles, adornos, etc.

Procede ahora que enumeremos alguno de los mencionados enterramientos, fijando de preferencia la atención en aquellos que ofrecen mayor importancia.

De las cuevas naturales, como lugar de enterramiento, pertenecientes al período de tránsito entre el meso y neolítico, ya indicamos algunas portuguesas y las del Tesoro, de la Solana, muy interesante por la especial colocación de los cadáveres, y las citadas por Góngora en su libro. El mismo habla de algunas que contienen también objetos de metal; pero, en este concepto, las más importantes son varias que señalan los Sres. Siret, y las de Alcoy y Énguera. En especial la primera, sita en la partida de las Llometes, á las puertas de la ciudad, en la cual yacían hasta diez y ocho esqueletos humanos puestos en cuclillas, de cuyos cráneos se dará cuenta en lugar oportuno. Notable era aquella estación por la calidad de los objetos encontrados; á saber: cuchillos, sierras, raspadores, punzones, flechas y otros útiles de sílex; agujas y punzones de hueso con un pequeño cilindro de marfil, que, por llevar una espiral saliente á lo largo, autoriza á llamarlo tornillo, agujereado en el extremo superior, sin alcanzar á comprender el uso á que se destinaba. ¿Sería amuleto? Varias hachas bellas de diorita y de fibrolita pulimentadas; otras de pizarra arcillosa y de feldespato, advirtiéndose, en el diferente aspecto que ofrecen, un progreso que corre parejas con el que ostentan igualmente la cerámica que allí se encontró, bajo cuyo punto de vista se parece aquel tesoro al de Argecilla, si bien con la diferencia de los ya mencionados esqueletos humanos y de los objetos de cobre (una punta de lanza y espátula), muy parecidos á los del propio metal que dibujan los Sres. Siret en la lámina segunda, página 9, procedentes de la Gerundia. Estos afortunados exploradores indican en su obra un hecho curioso, que no saben si considerar como étnico, ó si deberá atribuirse á la calidad de la piedra de que se servían los aborígenes para labrar los objetos de sílex, los cuales todos ofrecen escasas dimensiones, lo mismo que los descubiertos en el lugar llamado Castro, no lejos de la mina Arrayanes, en Linares, por el celoso ingeniero Sr. Dal Ré. En la cueva enterramiento de Alcoy no se observa esta particularidad, ya que, fuera de alguna hacha votiva y del tornillo de marfil, todos los restantes objetos ofrecen las dimensiones más comunes dentro y fuera de la Península.

No es menos interesante, bajo este punto de vista, la cueva de la Mujer, explorada por el diligente arqueólogo D. Guillermo Magpherson, pues también en ella encontró testimonios evidentes del tránsito insensible del cuchillo á la flecha, á los objetos en hueso y adornos de concha, brazaletes á la cerámica, á la piedra pulimentada y al cobre, representado por un hacha, copia exacta de otra de Dioritina, descubierta en aquellas cercanías. Otro tanto se observa en la cueva de las Maravillas de Énguera, en la que, junto con todo lo característico del meso y neolítico, encontré otra hacha plana y maleada de cobre, imitando en forma y dimensiones una de las de fibrolita.

Pero la demostración más clara del tránsito lento de unas á otras materias, piedra y metal, que puedo invocar, á más de mis propias observaciones en favor de la sentada tesis, puede verse en la bonita lámina 12 de la obra de los Sres. Siret, página 92, en la cual figuran un hacha pulimentada de Tebar, como modelo que los artistas copiaron fielmente en las planas de cobre, primero en la procedente de la estación de Campos; luego en otra de la cueva de Montajú, en la que el artífice ensanchó un poco el corte; en la de Ifre, que ostenta este carácter,

algo más pronunciado en la de Argar, con ligeros rebordes laterales; y, por último, completa la serie la de bronce encontrada en la cueva del Agua, cuya extremidad cortante es algo más ancha.

Estos mismos afortunados arqueólogos han descubierto tantos y tan preciados tesoros de los períodos de la piedra, del cobre y del bronce, más abundante aquél en la mayor parte de las estaciones con esmero exploradas, que, cediendo á la evidencia de los hechos, ellos mismos declaran en varios pasajes de la obra la continuidad y el sello indígena de todas aquellas industrias. Así, por ejemplo, hablando de los objetos de piedra, dicen en la página 10: «*Faut-il donc admettre que nous assistions à l'évolution d'une industrie? Ce serait tout naturel, bien plus que de croire à deux civilisations contemporaines et si voisines.*» etc. Y preguntando en otro párrafo de la misma página si el desarrollo observado se debe á los naturales del país ó á la intervención de gentes más civilizadas procedentes de otros puntos, manifiestan conocer un criadero de calcedonia idéntica á la empleada para fabricar las flechas que se encontraron á dos leguas de distancia en la Gerundia, y más adelante declaran que no ven la necesidad de recurrir para ello á la importación, á lo menos por lo que á la piedra se refiere; á lo cual creo que pudiera añadirse, sin grave riesgo de equivocarse, que también por lo que se relaciona con el artífice que la labró; y en prueba de ello y del natural desenvolvimiento que dichos señores admiten, he aquí cómo se expresan: «*Quoi qu'il en soit, nous voyons ici le contact entre les temps néolithiques et ceux qui les ont précédés.*» contacto que se advierte del propio modo con los testimonios de tiempos posteriores, según se desprende de los materiales interesantísimos descubiertos en la Península.

No es esto negar en absoluto la llegada á nuestro territorio y á otros puntos del continente de gentes importadoras de nuevas industrias, cuya influencia se observa, sobre todo en los grandes bronzes que he tenido ocasión de admirar en los Museos de Buda-Pesth, de Copenhague, Estokolmo y Bolonia; pero sí puede dudarse de que la pretendida invasión se realizara al finalizar el período neolítico, cuando el hombre carecía de los medios adecuados para llevarla á cabo, especialmente si se atribuye, como quieren algunos, al pueblo fenicio, viniendo hasta nuestras costas por mar, acontecimiento que sin duda alguna hubo de ser muy posterior.

Por otra parte, si el aborígen ibérico supo labrar las primeras hachas de piedra, y sucesivamente aquellos otros utensilios que sus crecientes necesidades le sugerían, sin que á nadie se le ocurriera la idea peregrina de que necesitara la intervención de gentes extrañas para pasar lenta y paulatinamente de uno á otro ramo de industria arqueológica y neolítica, parece anómalo y hasta paradójico admitir la pretendida enseñanza exótica cuando se trata del comienzo del uso de los metales, sin abandonar por esto la industria neolítica. La mezcla de los utensilios de ambos períodos en el propio yacimiento, y el esmero con que el artífice copiaba en las hachas planas de cobre, como primera exhibición del metal, la forma, y á veces hasta las propias dimensiones de las pulimentadas de piedra, acreditan con sobrado fundamento cuanto acaba de indicarse.

Del carácter indígena que revisten las obras de aquel período de tránsito responde, en puridad, la abundancia en nuestro suelo de las materias primeras de que el hombre se servía, especialmente del cobre puro y en diferentes combinaciones, y de la plata nativa en las inagotables minas de Herrerías (Almería); el hallazgo de escorias abundantes y de las vasijas que servían para fundir dichos metales, y de martillos de diorita destinados á triturar la

mena, como encontramos en Cerro Muriano (Córdoba), en varios puntos de la provincia de Huelva y en la mina Milagro (Asturias), donde aparecieron algunos utensilios en hueso y un cráneo teñido por el cobre, como indicios evidentes de la remota antigüedad de aquel centro minero, uno de los más primitivos de Europa.

Discurriendo el Sr. Cartailhac sobre las hachas pulimentadas de la Península, hace notar la muy atendible circunstancia de ser diferentes las piedras de que están hechas, variando de forma, de aspecto y hasta de tipo en las distintas comarcas; de todo lo cual infiere que la variada cultura que dichos utensilios representan hubo de desarrollarse por provincias, *é in situ*.

Dadas todas estas condiciones, parece la cosa más natural y lógica que el indígena ibérico, tras de una larga práctica de labrar instrumentos de hueso y piedra, el día que tuvo la fortuna de encontrar el cobre nativo, ó aquel en que supo extraerle de los carbonatos, piritas, etc., echara mano de dicho metal para reproducir con asombrosa fidelidad las últimas hachas pulimentadas, cuyo uso no abandonó en mucho tiempo, del propio modo que el cobre puro estuvo en uso hasta en épocas relativamente modernas, y bien históricas por cierto, como se infiere de los recientes análisis de objetos egipcios, practicados por el gran químico Berthelot, dados á conocer por él mismo al Instituto de Francia en la sesión del 7 de Mayo último. Y, sin embargo, cuando se trata de explicar el comienzo del uso de los metales en Europa, acontecimiento de trascendental importancia, se incurre por muchos en la paradoja, ya que no se califique de otra manera quizá más exacta, de suponer que, atraído un pueblo, ya por entonces mercantil, por las extraordinarias riquezas de nuestro suelo, sin saber á punto fijo por dónde ni por quién recibieron la noticia, llegó á España con el filantrópico propósito de enseñar á nuestros antepasados el modo cómo se mezclaban, fundiéndolos, el cobre y el estaño en proporciones determinadas (90 por 100 del primero y 10 por 100 del segundo) para obtener el bronce, y con él fabricar, más bien objetos de lujo y de adorno, tales como brazaletes, agujas, pendientes, que utensilios necesarios á la vida. Y como quiera que, según los Sres. Siret, el cobre puro abunda más que el bronce entre los inestimables tesoros por ellos encontrados en la provincias de Almería, al darse cuenta del hecho, en vez de explicarle por modo natural y lógico, dicen, siguiendo la fatal rutina, que el aborígen, adiestrado por el pueblo invasor, fabricó primero el bronce; pero como el estaño escaseaba á la sazón, lo mismo que ahora, dió aquél un paso atrás, sirviéndose del cobre puro.

De modo que, por lo visto, los extranjeros, sabedores de que aquí había bastante cobre, tomaron de su tierra un poco de estaño, ó lo buscaron en otra parte, para venir á enseñar al ibérico cómo se hacía el bronce (no sabemos si sería de la manera ingeniosa, aunque no verdadera, ideada por Figuier); pero agotada la provisión del segundo metal, dirían al indígena: «supuesto que ya no podemos obtener bronce, sírvete como puedas del cobre;» y aquel infeliz, no obstante saber fundir dos metales para lograr una aleación de mejores condiciones que el cobre, tuvo que volver á echar mano de éste, labrando los objetos necesarios á la vida por medio, no ya del fuego y del hornillo, sino del martillo, pues casi todos ellos están maleados.

Tal es la singular teoría propuesta en Europa, no sé por quién, y seguida por la mayor parte de los especialistas, para explicar la aparición de los primeros metales en la historia primitiva humana, y la que proponen también los Sres. Siret y Cartailhac para la de la Península, siquiera este último se inclina ya en la obra citada á aceptar la prelación

del cobre, evitando de este modo incurrir en los anacronismos y contradicciones que acaban de indicarse.

Cuando en la Asamblea de Lisboa, celebrada en 1880, sostuve esta tesis, con la cual todo se explica de la manera más sencilla y natural, creía encontrarme solo, y confirméme en esta creencia al ver como recibieran la noticia el gran especialista del bronce, Chantre de Lyon, Cartailhac y Mortillet, el Sr. Evans, á pesar de su reconocida competencia, no tomó parte en la empeñada controversia. Pero cuando examinamos varias hachas planas de la colección Pereira da Costa, en la Escuela Politécnica, y vimos que eran de cobre puro, recibiendo allí mismo el eficaz apoyo del insigne Virchow, de Berlín, al declarar que en Alemania sucede algo parecido á lo por mí indicado en España, me animé á continuar sosteniendo la indicada opinión; y hoy, después de visitar las colecciones públicas de Estokolmo y Copenhague, de Viena y Buda-Pesth, de Berlín, de Bolonia y Roma, de Berna, de Lyon, de Londres, de Rouen, de Nancy, etc., y las particulares de Evans, de Funghini en Arezzo, y otras varias; de consultar libros y discutir el asunto con varios amigos, entusiastas defensores algunos del bronce y de las pretendidas invasiones, entre ellos con el Sr. Chantre de Lyon, á quien tanto debe la ciencia, me ratifico y la sostengo, más convencido que nunca, creyendo, conforme con los hechos apuntados, que de esta manera se comprenden perfectamente todos los acontecimientos que distinguen la historia de aquel interesantísimo período.

La idea va haciendo su camino, y acabará por imponerse como expresión de la verdad; habiendo contribuido á tan satisfactorio resultado los escritos de Maester de Ravenstein, de Polszky, de Franks, de Rougemont, de Vorsae, y sobre todo del insigne Berthelot en los últimos números de *La Revue des questions scientifiques* de Bélgica.

Los útiles de cobre puro, de día en día son más abundantes, pudiendo decir que en nuestro suelo mismo hanse descubierto tres ó cuatro yacimientos importantes desde que terminé la redacción del discurso.

(Continuará.)

LA ARQUEOLOGÍA Y EL DOGMA

I



INDUDABLEMENTE algunos historiadores han manifestado en ocasiones desprecio, indiferencia por lo menos, hacia oscuros períodos de los cuales sólo resaltaba algún detalle, al parecer informe, sin arte. Allí no encontraban ideal determinado, unidad, orden: veían sólo abandono de reglas directrices, falta de gusto, heterogeneidad, confusión: la ley del capricho, sobreponiéndose á toda tendencia característica, el particularismo sin sujetarse á precisas determinaciones, la falta de notas peculiares y exclusivas, el abandono de los principios, el menosprecio de los modelos, la burla de las reglas, en fin y por decirlo de una vez, el caos con sus terribles sombras.

Las apariencias engañan. Tales historiadores al juzgar así, lo hicieron sin fundamento, aventuraron juicios sólo basados en su criterio, sin haber profundizado lo suficiente, sin haber examinado lo necesario para emitir seguro dictamen. Ven un atrevido resplandor al amanecer, otro al obscurecer, y á esto llaman día: lo demás lo juzgan sombras; una nube les oculta el sol, y no se atreven á descorrerla: temen el ascenso á la alta colina donde fácilmente pudieran vislumbrarlo. Así se escribe la historia; así hoy, cuando tanto adelantó este estudio, hay quien se atreve á historiar.

Hablamos de las artes en la Edad Media y, sobre todo, de las comprendidas en los diferentes ramos que abarca la Arqueología cristiana. Autores hay que ignoran si existió verdadero arte en esta época. Niegan los honores de tal á grandiosas obras, á hermosos monumentos levantados en el espacio de doce siglos, teniendo sólo para ellos palabras de lástima, ligeros recuerdos, silencio; que contrastan con la salva de vítores, dedicada á lo que consideran única restauración de las artes bellas, el renacimiento, cuando en realidad no lo es el centellear de una estrella fugaz, pasajera, que deja en pos de sí la ilusión que nos causa, hasta que percibimos el engaño.

Jovellanos, nuestro insigne literato y eminente político, es ciertamente uno de los historiadores á que aludimos. Si bien queda absorto al contemplar nuestras catedrales de Burgos, Toledo, León y Sevilla; si le hacen exclamar: «que el ingenio de aquellos artistas (los constructores de las catedrales citadas) apuraba todo su saber para idear una morada digna del Sér Supremo¹, que «al entrar en estos templos, el hombre se siente penetrado de una profunda y silenciosa reverencia, que apoderándose de su espíritu, le dispone suavemente á la contemplación de las verdades eternas,» á párrafo seguido, encuentra esos edificios sin valor «ante los principios del arte» sin «otra proporción que la que determinaba el ojo del artista» señalando esto como causa de no escasos adelantamientos en las artes, desde el siglo XII al XV. «El artista, dice, buscaba la belleza en su idea, y girando continuamente dentro de este círculo, donde no existía, se fatigaba en vano sin encontrarla. ¡Cuánto más eficaces hubieran sido sus esfuerzos si saliendo de aquella corta esfera, se hubiese elevado á estudiar el bello prototipo de la naturaleza!» Y lo estudió, en verdad, y de este estudio, no único, dió brillantes manifestaciones; pero siempre subordinándolo al ideal superior, reflejando en ellas la razón que le impulsaba á obrar: no simplemente el recreo de los sentidos, y sí la disposición acertada de los materiales para elevar el alma de las cosas terrenas á la intuición del Sér Supremo, en honor del cual se erige el monumento. «El templo cristiano debe hacernos concebir la idea de que allí mora el Santísimo Sacramento, puesto que en tal concepto se hace»²; y esto sólo se proponían los artistas de la Edad Media, tenían unidad de fines y, por tanto, tendencia fija y determinada: todas las partes se referían al mismo fin para formar armonioso enlace, impresión artística, pues que sin unidad no hay arte. «El arte, dice Aristóteles, no es otra cosa que un hábito intelectual que obra con cierta y verdadera razón»³, y cierto que tales arquitectos llenaban cumplidamente los requisitos de la definición expuesta. El mismo Jovellanos lo abona con las palabras citadas, al confesar la impresión causada por la contemplación de los monumentos medioevales. Es más: Jovellanos se queja de la falta de proporción y de que sólo el artífice se gufe por su capricho, y es que en tiempo del ilustre jurista no se conocían las reglas de tal proporción, no se habían hecho los estudios comparados de edificios construidos en la misma época y á lejanas distancias; aun no se podía afirmar con seguridad que «por el aspecto se conoce mejor la edad de los edificios, que por los pergaminos y documentos»⁴. ¡Cuántos desprecios se acarrearán por tal ignorancia, las hermosas artes de los siglos medios! ¡Cómo padece el alma al ver que autores, dignos de consideración, afirman que las artes lle-

gan á restaurarse sólo cuando Besarión y Bruneleschi logran implantar los preceptos del famoso Vitruvio en Italia «desterrando para siempre el gusto bárbaro»¹, según expresión de ellos mismos; preceptos realizados por Rafael y Buonarroti, é importados en nuestra Península por Berruguete y del Rincón, pintores de los Reyes Católicos, continuados después por larga serie de artistas que llenan nuestras ciudades de edificios, precursores de Churriguera y sus secuaces!

La luz se hace al fin, y la antigüedad surge desplegando su manto, y mostrándonos las preciosidades que ocultan sus pliegues. M. de Caumont, en 1830, abre el paso con grandísimo acierto á las exploraciones practicadas en las páginas de piedra de los edificios románicos, románico-bizantinos y ojivales; da la voz anunciando las múltiples joyas que acierta á descubrir, y á ella contestan hombres tan eminentes como Didron, Bourassé, PP. Cahier y Martin, Texier, Martigny, Vitet, Merimée, Lassus y el gran Viollet-Leduc, que corona los trabajos con preciosas y concretas manifestaciones y merece ser llamado por el crítico Sainte-Beuve, restaurador el más activo é inteligente del arte ojival en Francia², llegando á señalar esta pléyade de sabios, las variantes de las artes arqueológicas en los siglos anteriores al XVI, el curso y trámites que han seguido, la importancia que tiene su estudio y lo insigne de los testimonios que nos proporcionan como datos de irrefutable valor histórico. La antigüedad surgió, pues, revelándonos en sus moles de granito un arte sin rival por su esplendor y significación. Aprovechemos lo que esta antigüedad enseña.

Al mismo Víctor Hugo le cupo no pequeña parte en estas labores. Pierret, siguiendo el orden cronológico, le coloca después de Caumont, contribuyendo á darnos á conocer la Edad Media y sus costumbres en la célebre novela de *Nuestra Señora de París*. La parte de esta novela titulada *Nuestra Señora* es grandiosa, considerada desde el punto de vista artístico. En ella analiza las bellezas del arte ojival y las causas que han contribuido á destruirlas, trocando las hermosas y uniformes basílicas en heterogéneas fases del arte, con las restauraciones llevadas á cabo después del Renacimiento.

«Si pudiéramos examinar, dice, con el lector, una á una las huellas de destrucción impresas en la antigua iglesia, al tiempo le tocaría la menor parte, la mayor á los hombres, sobre todo á los hombres del arte; y tengo que decir hombres de arte, porque ha habido individuos que se han tomado el título de arquitectos durante los dos últimos siglos.»

Entona luego un himno á la monumental iglesia de París, que se hace extensivo á todas las de la misma época. Son estas iglesias una inmensa sinfonía de piedra, por así decirlo; obra colosal de un hombre y de un pueblo; unas y complejas como las Iliadas y los Romanceros, de quienes son hermanas; producto maravilloso de la acumulación de fuerzas de una época, donde sobre cada piedra se ve brillar en cien formas diversas la fantasía del obrero, subordinada al genio del artista; especie de creación humana, en una palabra, poderosa y fecunda como la creación divina, donde parece haberse seguido en un solo todo el doble carácter de variedad y eternidad.

«En este arte, hijo de sí mismo, todo es lógico y bien proporcionado: medir un dedo del pie es medir el cuerpo del gigante.» Rasgos que completa en adelante, al afirmar que la historia de la humanidad tiene por expresión más pura hasta el siglo XV, los monumentos.

Copiamos sus palabras, que bien hacen á nuestro fin: «Desde el origen de las primeras viviendas hasta el siglo XV de la Era cristiana inclusive, la archi-

¹ Jovellanos: *Elogio de las bellas artes*, discurso pronunciado en la Academia de San Fernando. «Biblioteca amena é instructiva,» colección de las obras de este autor, pág. 152. — Barcelona, 1884.

² *Manuel d'Archeologie pratique*, por M. l'Abbé Pierret, pág. 2.

³ San Agustín afirma: «Omnis porro pulchritudinis forma unitas est.»

⁴ *Arqueología cristiana española*, por D. Ramón Vinader, pág. 80.

¹ Jovellanos: discurso citado, pág. 152.

² Nota de Pierret á la pág. 23 del prólogo de la obra citada.

ectura es el gran libro de la humanidad, la expresión principal del hombre en sus diferentes estados de desarrollo, ya como fuerza, ya como inteligencia. La idea madre, el verbo, no estaba solamente en el fondo de aquellos edificios, sino también en la forma; así, pues, durante los seis mil primeros años del mundo, desde la más antigua pagoda del Indostán hasta la Catedral de Colonia, la arquitectura ha sido el gran libro del género humano. Esto es tan cierto que no sólo todo símbolo religioso, si que también todo pensamiento humano, tiene su página y su monumento en aquel libro inmenso.¹ Hermosas palabras á las cuales sirven de complemento estas otras de Pierret: «Se puede decir de la arquitectura lo que M. de Bonald afirma de la literatura: ellos (los monumentos arquitectónicos) son la expresión de la sociedad»². En legítima consecuencia de lo cual, siguiendo á estos autores, podemos asegurar que los preciosos monumentos medioevales, son páginas de la obscura historia de tan grande época; sólo ellos nos darán luz al querer indagarla; sus testimonios están revestidos de la autoridad y autenticidad de un documento histórico. De ello podemos convencernos haciendo un estudio, si bien ligero, del admirable proceso de la Arqueología cristiana en los siglos medios.

II

La sociedad, llevada al libertinaje por los mismos que la regían, necesitaba freno: algo que la contuviese en el sendero de la perdición; que se impusiese por la evidencia y no por la fuerza; que destruyese los vicios para substituir á sus altares inmundos, otros altares de ensalzamiento á la virtud, en cuyas aras se considerase como el mejor el sacrificio de las pasiones.

La Redención se hacía como nunca necesaria. Jesús se sacrifica para salvar á la sociedad, y sus discípulos son los mensajeros de este acto de amor. Pero ¡ay! qué la sociedad se encenagara demasiado antes de aceptar su salvación. La obscuridad era su medio; rechazaba la luz por no saber apreciar su valor; por no resistir sus deslumbradores destellos. Competían las tinieblas con la luz, la virtud con el vicio, Belial con Dios. El triunfo no es dudoso; pero entraba en los designios de la Providencia la lucha, y se luchó. Se persigue cruelmente al cristianismo cuando se establece en Roma, declárasele guerra de exterminio en nombre de los dioses que amenaza destruir, de los vicios que se atreve á condenar; de las pasiones que pretende contener: se le acosa por todos lados, y no hay trincheras para él seguras. La fiera idolátrica ruge al sentirse herida; el enfermo protesta del cauterio y prefiere mantener abierta su llaga, adormecerse con su hediondez; por eso sacude furioso aún su melena, amenazando al Cordero. Sólo la tierra podía prestar refugio á los cristianos, y ellos acuden á guarecerse en sus entrañas: se abren las Catacumbas³; sus oscuros corredores tórnense en moradas de ángeles, cuyos cánticos resuenan en las estrechas galerías con cadencias que alientan la fe. En ellas tenemos las primeras iglesias de los fieles, y allí, á pesar de la fiereza de las persecuciones, se encuentran los primeros pasos de un arte nuevo, el cual, pasados algunos siglos, debe ser grande como su ideal, magnífico como excelente es su fin. Sin embargo, en las Catacumbas sólo buscan los cristianos local en que reunirse, que sirva de sagrado depósito para las reliquias de sus mártires; nada de esplendidez, las circunstancias no lo permiten. En los muros esculpen ó pintan relieves, ó

frescos del Salvador, de la Virgen, de los profetas, de todo aquello que pudiera recordarles los dulces misterios por los cuales sufrían persecución. ¡Qué magníficas pruebas se presentan al teólogo de la veneración tributada á las imágenes en los primeros siglos! En esta época, aprovechando las treguas que los emperadores dispensaban, quizá por cansancio en la lucha, para emprenderla después con mayores bríos, los cristianos se apoderan de las basílicas destinadas al culto, únicos lugares del gentilismo á propósito para la celebración de sus oficios, como más alejados de la idolatría y de la superstición. El gran Constantino da la paz á la Iglesia y la arquitectura cristiana adquiere su matiz. Aparece en Occidente la románica, sin atrevimientos; y en Oriente la bizantina, con su primera grandiosa muestra en Santa Sofía, que se propaga por aquellas regiones, extendiendo su influencia en el resto del mundo.

Hay, pues, arquitectura romano-bizantina en tres grandes períodos. En el primero, privados los cristianos de ostentar su glorioso nombre y entregados al odio de las persecuciones, mal pueden consagrarse al arte, ni darle esplendor; por eso sus templos son reducidos, insuficientes para satisfacer las necesidades del culto, y de escasa ornamentación. La influencia bizantina apenas se percibe en Occidente; así se manifiesta en las tímidas pretensiones del arte. Llegó el siglo x y sus inquietudes mantienen una terrible parálisis para las artes, las ciencias y las letras. En el siglo xi vuelven á su esplendor: las exigencias del culto son cada vez mayores; los medios de construcción más propicios: de aquí que se eleven hermosos templos que causan todavía admiración. Dispuestos en forma de cruz, con luz escasa y naves espaciosas, al penetrar en ellos, se entrega el alma á la meditación, elévase hasta Dios. En su parte exterior, la ornamentación adquiere suma importancia: las puertas se agrandan y hermocean con magníficas archivoltas apoyadas en columnas, brillando en ellas decoración variada; las torres se alzan, y el simbolismo domina en los edificios como testimonio de nuestras creencias. En los capiteles se desarrollan caprichosas escenas de minuciosa y delicada labor, teniendo en ellos representación acontecimientos sagrados ó profanos de importancia: todo se lleva al templo; todo se consagra á Dios, Señor de todo.

Tal fe se acrecienta á medida que los siglos pasan. Llega el duodécimo, y el ser arquitecto es gloria que no desprecian los mismos monjes y otras personas ilustres, á la par que religiosas, cooperando para la construcción de templos. Trátase de honrar á Dios brindándole casa adecuada; claro es que la casa de los reyes debe darnos idea de su poder; ¿y quién mejor que los santos podrá comprender la Omnipotencia del Creador? Los santos trabajan también; Santo Domingo de la Calzada y su discípulo San Juan de Ortega emprenden por sí mismos la dirección de tales obras. Las fuerzas se adunan, la pericia se manifiesta, el espíritu religioso crece, y todo lucha por la grandiosidad del templo; todo acredita el fin de la construcción: claras muestras de la magnificencia que en los siglos siguientes debían adquirir las artes.

Ningún acontecimiento social, ni acto que marque su influjo en las nacientes nacionalidades, debían pasar inadvertidos para los edificios cristianos. Las ciencias, en su desarrollo progresivo, adquirieron gran importancia con los trabajos de los pacienzudos monjes, que todo lo miraban con detenimiento y lo examinaban en detalle. El mundo sufrió gran convulsión con la expedición de los cruzados, grandiosa empresa que tanto contribuyó á relacionar entre sí unos pueblos con otros, tan aislados hasta entonces, y por todas partes adquirió el saber carta de naturaleza. Los edificios á su vez participan de

las nuevas tendencias; aparece la ojiva, la variación del arco románico que de tanta esbeltez dotó á los templos; ella determina una nueva faz: el período de transición del estilo románico-bizantino al ojival puro. Los templos adquieren proporciones mayores, más vuelo: las columnas se adelgazan reuniéndose en haces, y terminando en caprichosos capiteles; portadas, tan admirables como la del pórtico de la Gloria de nuestra catedral compostelana, modifican su estilo; rosetones y torres, más airosos, y los claustros de catedrales y monasterios se aproximan á la perfección, gracias al cuidado y pulcritud de los artistas. Este período participa de la sobriedad y seriedad del arte románico y de la gracia ojival que acusa mayor predominio, anunciándose como único método de construcción para el siguiente siglo.

Al siglo xiii caracteriza su nota exclusiva, la ojiva: los edificios de esta época son ya ojivales sin mezcla. Las plantas de las iglesias, arcadas, bóvedas, torres, lucas, pórticos y hasta los menores detalles, toman esta forma. Las medidas son mayores; las columnas se alzan atrevidas para extenderse á las nervaduras de las bóvedas, elevando la mente al cielo. ¡Cuánta sabiduría nos revelan estos edificios; qué conocimientos de las reglas arquitectónicas, é intuición del espíritu religioso que animaba á los artífices! Fuera de este carácter no se concibe arte, resultaría monstruoso; tal fué el que autores los más autorizados implantaron en las nuevas construcciones de iglesias, como más á propósito por su sabor místico. Viene el siglo xiv, segundo período de este orden. La arquitectura llega entonces á su más alto grado de esplendidez; pierde, sin duda, la majestuosa serenidad del siglo anterior, pero crece en bellezas, adquiere más riqueza en los detalles, se hace más atrevida. El conjunto es admirable; los pormenores como nunca atendidos.

¡Qué encanto no produce contemplar una catedral de este siglo, con sus altos gabletes y primorosas torrecillas que parecen escalar las nubes; con sus ligeros botareles que imitan alas de singular combinación; con sus frontones sembrados de rosas y adornados de multitud de piezas de mérito, que hacen de ellos un museo de preciosas joyas del arte! La imaginación se extasía, y en fantástico lienzo ve pintadas las hermosas murallas de la Jerusalén celeste: oye armoniosos cánticos de seráficas voces que le invitan á orar: sueña con el Dios de las Majestades. Pero tanta riqueza es precursora de muerte. El siglo xv cargará la mano, sentiremos hastío, llegará la decadencia, caerá el arte que con razón podemos llamar eclesiástico. Después el Renacimiento, acerca del cual, por no aventurar juicio propio, nos atendremos á lo que de él digan los más acreditados autores.

Empecemos por Víctor Hugo: «Desde el siglo xvi, dice, la enfermedad de la arquitectura es visible: no expresa ya lo esencial de la sociedad. Es un sol en su ocaso, que tomamos equivocadamente por una aurora....., mientras se eclipsa por completo el sol de la Edad Media, á medida que el genio gótico se va extinguiendo para siempre en el horizonte del arte, la arquitectura va marchitándose, perdiendo su color y consumiéndose lentamente. El Renacimiento, afirmaba Vinader, recuerda una época en que el catolicismo se prosternaba todavía para orar, con los ojos clavados en la tierra; pero los levantaba con codiciosa avidez para admirar la belleza material⁴: en efecto, el arte de los tres últimos siglos no inspira los sentimientos sublimes de los edificios medioevales; todo habla á los sentidos, todo se paganiza.» «Desde el Renacimiento, dominó la influencia y el gusto pagano, concluyamos con Pierret, se paganizó la sociedad, decayó el arte, y hoy, en medio de tal diversidad de ideales, todo

¹ Manuel d' Arqueología, pág. 288.

² Con esto dejamos indicado no seguir la opinión de los que afirman haberse aprovechado los fieles de las galerías llamadas arenaria, para esconderse en ellas. Creemos que las Catacumbas fueron abiertas por los mismos cristianos. Las razones en que nos fundamos no son de este lugar.

⁴ «Arqueología cristiana española», pág. 205.



HONDONADA DE LA SAISON (ALBERGALS DE BERLÍN), CUADRO DE FEDERICO STHAL.

Ayuntamiento de Madrid

se halla revuelto, preside el mal gusto, incluso en literatura¹. La sana crítica y la crítica racionalista han juzgado esa época; ésta no ha tenido palabras de encomio, á pesar de considerarse al Renacimiento como su precursor.

Digamos, para dar por terminado este segundo punto, que en todos los períodos se nos presentan palpables pruebas en los acontecimientos sociales, de las creencias de nuestros antecesores.

Los cristianos sufren persecución; en las Catacumbas aparecen las señales del martirio; la sociedad se renueva; preséntase el hombre nuevo del Evangelio, con un arte nuevo también, con la timidez propia de los primeros ensayos. Sigue su marcha de ascenso, mas llega á estacionarse con el temor de que fenezca el mundo, que agitó los espíritus en aquella época.

Las irrupciones de los bárbaros pasan dejando huella en los monumentos. Con el siglo XI, convencidos de que su temor fué vano, vuelven los cristianos á cultivar las artes y los demás ramos del saber, por lo cual todo se desarrolla y toma nuevo vigor. Las nobles empresas de los cruzados ponen en relaciones íntimas á los países y se sienten grandes al encontrarse amigos, adunan sus esfuerzos, alcanzan gran suma de triunfos, y movidos de su fervor, llevan al Eterno la muestra de su reconocimiento, levantan las soberbias basílicas que desafían los siglos y son el testimonio más elocuente de la altura á que se había llegado en los tiempos memorandos de la Edad Media.

La fe que palpita en la sociedad ha de reflejarse en los edificios que, como moradas del Dios excelso, se construyan. La reforma llega con el siglo XVI, la moral se debilita, la religiosidad decrece y las artes caen en la postración. Renace el gusto pagano y su influjo empujea los monumentos. El delito lleva consigo el castigo; la falta de fuerzas, el decaimiento y corrupción del gusto que revela el arte contemporáneo vacilante, cosmopolita mezcla confusa de estilos, falto de ideales, en una palabra, decadente y partícipe de la atrofia que entumece el cuerpo social.

Siendo el arte manifestación del estado social en que los artistas se mueven, ¿cuánto no convendría al historiador examinar con detención los monumentos artísticos que forman esas etapas en que se eslabona la humanidad? Y ¿cuánto no conviene al teólogo buscar en esos documentos de piedra confirmación á las verdades que defiende, á las creencias y prácticas de los siglos anteriores, para remontarse á los siglos primeros, hasta oír de los mismos Apóstolos la predicación de estas verdades? Tan cierto es esto, que bien pudiera tacharse de insensato al que abrigase duda sobre ello.

III

Los dogmas de nuestra sacrosanta religión tienen en estos edificios irrefutables pruebas ya de la revelación ó de las que en confirmación de ella se aducen. En los monumentos de la Edad Media, miles de estatuas representan la realización de milagros y profecías de la Antigua ó de la Nueva Ley. No es preciso que se cite milagro ó profecía en particular, todos tienen en el mundo del arte su representación debida.

En las Catacumbas, por medio de alegorías cuyo estudio llama siempre la atención de los sabios. Salen de ellas los cristianos y la doctrina se propaga, como prueban los monumentos que en el orbe civilizado se levantan. El misterio de la Santísima Trinidad está plenamente confirmado, determinándose con sus caracteres la divinidad de las tres personas, testimonios de los cuales hace uso el teólogo al probar la divinidad del Espíritu Santo. La

¹ Pierret: "Manuel de Archeologie." — Carta en que expone la teoría de lo bello.

creación, el pecado original, la influencia de la gracia, la necesidad del culto externo, patentizados quedan en el transcurso de los siglos. Los Sacramentos hanse admitido por los primeros cristianos tal cual hoy, y una prueba de que el Bautismo borra el pecado original, tenemos en la pila del pueblo en que hemos nacido, lleno de preciosos monumentos². Es bastante antigua y de proporciones. En el fuste de la pilastra que la sostiene aparece otra pila en bajo relieve, al lado de ella al Sacerdote sumergiéndolo á un niño para administrarle el Bautismo por inmersión; al otro lado al padrino, en torno ángeles que rodean al bautizado y luego el diablo huyendo. De la Encarnación hay también pruebas, y por decirlo de una vez, de cuantas verdades la religión enseña.

Poco ha, descubriose en Verona una lámpara, testimonio que puede aducirse desde la antigüedad, sobre reconocimiento del Soberano Pontífice como primado de la Iglesia³. De ella nos habla el distinguido arqueólogo y nuestro muy querido profesor, D. Antonio López Ferreiro, en el precioso libro que publica sobre la Arqueología cristiana⁴. Cuanto hemos expuesto, se refiere á la arquitectura, pintura, orfebrería, cerámica, glíptica, indumentaria, numismática, paleografía, epigrafía y heráldica, suministran copiosos datos para demostrar la relación estrecha entre la fe y el arte, en los cuales el teólogo debe fijar su atención. Tenga en cuenta que este arte, según Teófilo, procede de Dios mismo, y tiene su significación mística.

"El templo cristiano es, no solamente la figura de Jesús crucificado, el símbolo del alma creyente, sí que también el de la Iglesia católica." Cada piedra, según Pierret, tiene su propia significación: recuerda un misterio, un dogma de nuestra fe. Las cosas menos significantes, como relicarios y lámparas, proporcionan ricos argumentos para sostener proposiciones teológicas.

Los relicarios, que datan de muy antiguos tiempos, prueban de manera convincente la veneración que desde los primeros siglos se consagró á las reliquias. En cuanto á las lámparas, sábase que burlándose Vigilancio del empleo de ellas, le contestó San Jerónimo: "Si en todas las iglesias de Oriente se encienden lámparas en el momento de la lectura del Evangelio, es para expresar nuestra alegría: ellas nos hacen recordar la otra luz de que nos habla el Profeta: *Lucerna pedibus meis verbum tuum, Domine, et lumen semitis mei.*"

Concluamos: la Teología y la Arqueología tienen entre sí estrechos vínculos; de su unión resulta confirmación palpable del dogma; "L'Archeologie c'est la Theologie", ha dicho un autor francés⁴.

MANUEL CACHEIRO CARDAMA.

Á CERVANTES

Del genio á la amarga historia
con lazo fatal va unida,
á gran pobreza en la vida,
en la muerte inmensa gloria.

Y es que la envidia crüel,
siempre contra el noble fuerte,
ya no escatima á la muerte
un puñado de laurel.

Laurel harto expiatorio,
que conquistar es delirio,
pues que corona el martirio
tras vida de purgatorio.

¹ Noya, villa marítima á cinco horas de Santiago, es de suma importancia en la historia de Galicia. De la pila á que nos referimos promete hablar nuestro distinguido amigo el sabio cronista gallego D. M. Murguía en el tomo *Galicia de España y sus Monumentos.*

² Maffei: *Verona illustrato*, part. III.

³ De esta obra hablaremos en otro artículo, al ocuparnos de los libros publicados en español para estudio de este ramo.

⁴ Mgr. Pie, Obispo de Poitiers.

Y el rocío de sus hojas
en vez de perlas brillantes,
son lágrimas, que á Cervantes
le arrancaron sus congojas.

Pero que él ambicionó
cual galardón harto justo,
y si hoy adorna su busto,
su frente al ceñir le hirió.

Porque falto de los bienes
con que el oro al hombre abona,
fué de espinas la corona
que hoy ceñimos á sus sienes.

Su mérito en apreciar
fuimos aquí los postreros;
¡mengua es que los extranjeros
nos le enseñaran á honrar!

Y es desgracia de esta tierra,
que cuando un genio florece,
pronto su voz enmudece
entre el fragor de la guerra.

Cervantes, que era esforzado,
corrió también al combate
y unió á las penas del vate
las fatigas del soldado.

Con la pluma y con la espada
bien á su patria sirvió;
mas el rigor no venció
de su suerte desdichada;

Que de su estrella crüel
la guerra aumentó el quebranto,
manco haciéndole en Lepanto,
miserio esclavo en Argel.

Aquí la envidia su escote
le exigió con alborozo,
y un obscuro calabozo
fué la cuna del *Quijote.*

En él, sonriendo y sencilla,
forjó su claro talento
esa fábula portento,
que es del mundo maravilla.

Para llorar su amargura
la risa juzgó mejor,
porque hay risa de dolor,
como hay llanto de ventura.

Y ahogando el dolor profundo
que á tal cambio le precisa,
trocó su llanto en la risa
que es admiración del mundo.

La ignorancia al ver medrar,
viendo á la audacia lucir,
llorando aprendió á reir;
su risa enseña á llorar.

Que si del genio es la suerte
no ser jamás apreciado
hasta después que ha pasado
por el crisol de la muerte,

Y por azar ó malicia,
por ignorancia ó torpeza,
siempre el mérito tropieza
del hombre con la injusticia,

El apasionado encono
supo vencer su constancia,
y el baldón de la ignorancia
es hoy dosel de su trono.

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO PICA.

LA IGLESIA DEL ANTIGUO

(RECUERDO DE SAN SEBASTIÁN)



FUERA de los muros de la ciudad hay otra parroquia distante de ella al S. O. como un tiro de cañón, llamada San Sebastián el Antiguo, que se cree ser el mismo sitio en que estuvo la primera población, por donde le quedó ese nombre.... El diploma del Rey Don



Sancho el Mayor, de Navarra, del año 1014, citado antes, hace mención de esta parroquia y de un monasterio que había en ella: *Monasterium unum quod dicitur Sancti Sebastiani cum parrochia sua ad litus maris*. Creyó Argalz que este Monasterio había sido fundación del Rey Recesvinto, lo cual no tiene ningún fundamento. Es más probable la opinión de Masdeu que con Yepes la reduce á los tiempos inmediatos á la entrada de los moros. Dicha Parroquia del Antiguo fué de la mesa episcopal de los Obispos de Pamplona hasta el reinado de Carlos V, año 1542, en que mediante bula de Paulo III y consentimiento del emperador, se cedió á la religión de Santo Domingo que pone en ella un vicario de su orden, el qual exerce la cura de almas, componiendo su feligresía varias casas solares de las más antiguas que hay en jurisdicción de San Sebastián y Hernani, y pretenden haber sido restauradoras de la misma parroquia.²⁹

Así decía, á principios de nuestro siglo, la Real Academia de la Historia en su *Diccionario Geográfico-Histórico* de España, publicación que por cierto quedó interrumpida al terminar la sección 1.^a — comprensiva sólo del Reino de Navarra, señorío de Vizcaya y provincias de Álava y Guipúzcoa, — sin que á estas fechas la docta Corporación haya creído conveniente reanudar el hilo de ella, ni explicar satisfactoriamente las causas de tan injustificado y doloroso desistimiento.

No anduvo, sin embargo, muy precisa ni clara la Academia al redactar el párrafo que arriba va copiado, pues lo que parece deducirse de su lectura es que aquel templo, del cual hablaba ya D. Sancho el Mayor, permanecía al aparecer el *Diccionario*, si no tal y como se hallase en la época referida, al menos sin alteración fundamental en su fábrica, siendo así que la iglesia mencionada por el Rey de Navarra en 1014 fué sustituida en tiempos de Carlos I por otra de mayores proporciones, construida á expensas del Secretario Idiáquez, hijo preclaro de la capital de Guipúzcoa y fundador también del convento de dominicos á que hace referencia el *Diccionario*, erigido en el mismo sitio donde estuvo el primitivo monasterio, pero sucesor de él y por consiguiente distinto.

Con aquellos templo y convento, nada tiene de común, si no es el lugar que ocupa, la parroquia recientemente abierta al culto. Nuestras discordias civiles entregaron á los furiosos de la soldadesca carlista los dos edificios que aún se conservaban intactos desde los días de Alfonso Idiáquez, y las llamas del incendio destruyeron lo que tres siglos de existencia no habían conseguido destruir. Levantóse después una pequeña capilla provisional que cubriera las necesidades del apartado barrio; y acordada la construcción de una iglesia nueva, el día de Nuestra Señora de las Mercedes, 24 de Septiembre de 1888, S. M. la Reina Regente y la Real Familia, asistieron á la ceremonia de colocar la primera piedra del precioso templo cuya inauguración se ha verificado este año conmemorando la fiesta de la Natividad.

* * *

Tratar de San Sebastián el Antiguo, mencionar el convento de dominicas y hacer caso omiso de la leyenda de *La Monja-Alférez* sería dejar incompleto ó inacabado el artículo. De boca en boca corría allá por los años de Felipe IV, el relato de sus aventuras cuando aquel Dr. D. Juan Pérez de Montalván, de quien decía Quevedo:

« El Doctor tñ te lo pones,
el Montalván no lo tienes;
conque, en quitándote el *Don*,
vienes á quedar Juan Pérez. »

concebido y realizó el proyecto de tejer sobre ellas el argumento de una de sus comedias, siendo tal

ocurrencia del contemporáneo de Lope lo que quizás ha contribuido más á que no se pierda la tradición y ésta se haya perpetuado hasta nuestros días, tal vez desfigurando y alterando en sus detalles una historia mucho más inverosímil que cualquier trama ó asunto de novela.

Cuéntase que, al espirar el siglo xvi ó en los albores del xvii, nació en San Sebastián una niña de condición tan indomable y espíritu tan vivo, que su madre, Doña María Pérez de Galarraga, con harto dolor del alma, se vió precisada, cuando acababa de cumplir los cuatro años, á recluirla en el convento de Santo Domingo que en el antiguo barrio de San Sebastián se alzaba. Durante algún tiempo, Catalina de Erauso, vigilada sin cesar por la madre priora, tía suya, soportó con relativa paciencia aquel cautiverio; pero cuando la niña se convirtió en mujer, al darse cuenta de que su juventud entera iba á transcurrir encerrada entre las cuatro paredes de la celda, su altivez nativa se irguió arrogante, y armándose de astucia y valor sin límites, descolgóse un día por la ventana de su aposento y apenas tocó tierra, emprendió vertiginosa carrera por los vecinos montes hasta que, ya muy lejos de la ciudad, trocando sus hábitos por las pieles de un pastor, compúsose rostro, figura, peinado y traje tan admirablemente que nadie podría conocerla ni adivinar su sexo.

A partir de entonces, la vida de Catalina fué una serie no interrumpida de aventuras. Vitoria, Valladolid, Bilbao, San Sebastián de nuevo, la vieron pasar por sus calles pendera, enredadora, valiente..... Ella fué paje durante algunos meses, del Sr. D. Juan de Idiáquez, Secretario del Rey Felipe é hijo de D. Alfonso; ella, perseguida por la justicia, tuvo que huir de Bilbao, acusada de haber herido á un muchacho en una pedrea; ella oyó en Valladolid hablar á su padre con Idiáquez de los medios para conseguir su captura y restituirla al convento; ella asistió á Misa en San Sebastián al lado de su madre y hermanas, que no la conocieron; y alistada después en el ejército, hizo la vida de cuartel y de campaña, obtuvo el grado de Alférez, pasó á Méjico y allí debió morir, dejando escrita la crónica de sus hazañas.

Hoy, como ya dije, la guerra civil ha destruido el convento donde pasó los diez y seis primeros años de su azarosa existencia la célebre Catalina de Erauso; pero hasta que el incendio lo redujo á cenizas, uno de los puntos que se mostraban siempre en San Sebastián al forastero, era aquella famosa ventana por la que, mediante una sábana dividida en tiras anudadas unas al extremo de otras, se descolgó cierto día la *Monja-Alférez*, abandonando el tranquilo retiro del claustro por la animación y el sobresalto de una vida errante, sin hogar, ni familia, ni dinero.

* * *

Pero volvamos, que ya es hora, á la recién inaugurada iglesia.

Sencilla y elegante, la nueva parroquia del Antiguo pertenece por su arquitectura al orden que pudiéramos llamar gótico-francés-religioso-contemporáneo. Salvo la techumbre de madera y la inferior riqueza del decorado en general, el aspecto total del templo recuerda á la capilla del Sagrado Corazón, en la calle del Caballero de Gracia de Madrid.

No lleva retablo su presbiterio de forma hemidecagonal, pero sí preciosas vidrieras, regalo de los fieles, en las cinco luces ojivales que abren detrás y á los lados del altar mayor. Representan ellas, construidas en las casas de Dagrand y Bruzard de Burdeos, el martirio de San Sebastián la del centro; los Sagrados Corazones las dos más inmediatas á ésta, y el Cordero Pascual y una Cruz Mística las laterales. Tanto las cinco precitadas, y principal-

mente la última, como otras dos colocadas en los rosetones que dan luz al crucero, y que representan á San Ildefonso y Santa Cristina, aquél en el acto de recibir la casulla de manos de la Santísima Virgen, y ésta en la prisión, rodeada de serpientes que respetan su cuerpo como los leones respetaron el de Daniel, son verdaderamente notables por la limpieza del dibujo y la entonación del color.

Cada brazo del crucero forma una capilla, destinada la de la derecha, á baptisterio y la de la izquierda, á tribuna Real, iluminada aquélla por un rosetón en cuyo vitraje se ve la encantadora escena del Jordán, y la tribuna por otro de cuya blanca vidriera se destaca el escudo de los reyes de España, prodigio de factura en el cuidado de los detalles y pureza de las líneas. A esta tribuna dará acceso, por la parte exterior del templo, cuando el Real Palacio se concluya, un pequeño puente de madera que comunicará directamente con la posesión de S. M. la Reina.

Con lo que va dicho descrito queda, siquier sea *grosso modo*, lo más importante de la iglesia, que se distingue sobre todo por el primor y esmero que ha presidido al atender á las más insignificantes menudencias, procurando y consiguiendo que las arañas, los candelabros, las delicadísimas sacras, el Vía-Crucis y toda la parte de ornamentación, como verjas, portezuela del sagrario, etc., etc., respondan á un plan general y liguen perfectamente con el conjunto. ¡Lástima que la escasez del presupuesto haya impedido la adquisición de un órgano aceptable, y que no alcanzase la cantidad concedida para terminar el decorado del coro y del artesonado!

La iglesia del Antiguo ha venido, pues, á llenar en San Sebastián un vacío que se notaba de tiempo atrás. Cuenta la capital de Guipúzcoa hermosos y capaces templos, como Santa María y San Vicente, pero faltábale á la *ville d'eaux* la capillita francesa, elegante, á la moderna, con su torrecilla, esbelta y graciosa, elevándose, como la ermita de *La Pesca*, mirando al mar, de frente al Oceano,

y sirviendo de faro consolador y punto de vista al bañista que se santigua al entrar en el agua, por regla general bulliciosa é imponente; la iglesia nueva reúne todas estas condiciones y, próxima á la playa, escúchase desde ella la esquila que convoca á Misa, dando la señal de apresurar el baño para llegar á tiempo.

* * *

Nada diré de la ceremonia de inauguración: la prensa diaria ha relatado aquel acontecimiento con todos sus pormenores y esta Revista se ocupó de él.

Pero sería injusto si callara con cuánto placer recuerdo aún el alegre aspecto que presentaban aquel día los alrededores del Antiguo: la solemne Misa de pontifical, oficiada por el Excmo. Sr. Obispo de Vitoria; la entrada bajo palio de la Reina Cristina en el templo, acompañada del Monarca-niño; las notas graves y solemnes del *Tantum ergo*, ejecutado por la orquesta de Bretón; y la voz varonil y robusta de Tabuyo, resonando bajo la bóveda del templo en el siempre conmovedor *O salutaris!*

Durante la Misa, el Vicario Sr. Aristizabal, precedido del *suizo* y escoltado por el académico correspondiente de la Historia, D. Pedro Manuel de Sorluce, hijo del notable historiador de las glorias de Guipúzcoa, recorrieron el templo implorando la caridad de los fieles para los pobres de la parroquia..... Y la colecta fué abundante, nutridísima, verdaderamente apreciable, como sucede siempre que se apela á los buenos sentimientos de un pueblo que, cual el de San Sebastián, conserva vivas las tradiciones y la fe de sus padres.

F. DE LLANOS Y TORRIGLIA.

HISTORIA DE UNA MADRE

POR ANDERSEN



UNA madre, sentada al lado de su niño, se hallaba muy afligida; temía que se le muriese. ¡Estaba tan pálido! Los ojitos se le habían cerrado. El niño respiraba penosamente, como si suspirase, y la madre contemplaba á la criaturita. Llamaron á la puerta, y entró un pobre y viejo envuelto en una manta de caballo, que da calor, y bien lo necesitaba, pues era un invierno riguroso. Fuera, todo estaba cubierto de nieve, el viento soplaba tan sutil, que cortaba el rostro. Y como el viejo temblaba de frío, y el niño dormía por un instante, la madre fué y puso una ollita con cerveza en la estufa, con el fin de calentarla para el recién venido. Y el viejo estaba sentado meciendo la cuna; la madre estaba á su lado sobre una silla, mirando al niño, que respiraba tan profundamente, y cogiendo su manecita: —¿No es verdad que tú también crees que lo conservaré? — le preguntó. — El buen Dios no me lo quitará.

Y el viejo, que era la muerte en persona, asintió de un modo muy singular; podía significar igualmente sí ó no.

La madre bajó la vista, y las lágrimas inundaban su rostro. Su cabeza estaba muy pesada, pues no había cerrado los ojos durante tres días y tres noches, y ahora dormía, pero sólo un instante; al punto se despertó sobresaltada y se estremeció de frío.

—¿Qué hay?—preguntó y miró alrededor.—Pero el viejo había desaparecido y también su niño: él se lo había llevado consigo. Y allá en el rincón crujía y resonaba el cascado reloj; el pesado plomo corrió hasta el suelo y el reloj se paró. La pobre madre salió precipitadamente de la casa y llamó á su niño.

En la nieve estaba una mujer, cubierta con largos y negros vestidos; ésta le dijo:

— La muerte ha estado en tu casa, la vi alejarse con tu niño; corre más que el viento y nunca devuelve lo que se lleva.

— Dime qué camino ha tomado — dijo la madre. — Dime el camino, y la hallaré.

— Lo sé — dijo la mujer de los negros vestidos largos; — pero antes que te lo diga, has de repetir-me todos las canciones que has cantado á tu niño. Me gustan mucho: ya las he oído; soy la noche, y ví correr tus lágrimas mientras las cantabas.

— ¡Te las cantaré todas, todas! — dijo la madre. — Pero no me detengas ahora para que pueda alcanzarla, para que pueda encontrar á mi niño!

La noche permaneció muda. La madre se retorció las manos, cantaba y lloraba. ¡Eran muchos los cantos, pero aún más las lágrimas!

Y entonces dijo la noche:

— Encamínate á la derecha, hacia el sombrío bosque de pinos; allá ví dirigirse á la muerte con tu niño.

En el bosque espeso había una encrucijada; la madre no sabía qué dirección tomar. En el camino había un zarzal, que no tenía hojas, cosa que no debe admirar porque era en el invierno, y los témpanos de hielo colgaban de los ramos.

— ¿No has visto pasar á la muerte con mi niño?

— Sí, dijo el zarzal; pero no te diré el camino que ha tomado, si no quieres calentarme antes con tu cuerpo! ¡Me muero aquí de frío!

La madre estrechó el zarzal contra su cuerpo fuertemente, como para que pudiese deshelerse. Las espinas penetraron en su carne, y su sangre corrió en gruesas gotas. Pero del zarzal brotaban frescas y verdes hojas y empezó á florecer en aquella noche fría de invierno; ¡tanto calor hay en el corazón de una madre afligida! El zarzal le dijo el camino que debía tomar.

Llegó la madre á un gran lago, en que no había ni buque ni barquilla. El lago no estaba bastante helado para sostenerla, ni estaba tan despejado ni era tan poco profundo que pudiera vadearlo, y sin embargo, había de pasarlo si quería encontrar á su hijo. Se inclinó para beber todo el lago; era un imposible, pero la madre afligida pensó que tal vez pudiese acontecer una maravilla.

— ¡No, de esa manera no lo lograrás! — dijo el lago. — Antes veamos si podemos concertarnos. Yo hago acopio de perlas, y tus ojos son los más claros que jamás he visto: si quieres dárme los, te llevaré al grande invernadero donde reside la muerte, con sus árboles y flores: cada uno de éstos, representa la vida de un hombre.

— ¡Oh! ¡qué no daría para encontrar á mi niño! — dijo la madre llorando y vertió tantas y tantas lágrimas, que sus ojos cayeron al fondo del lago convertidos en dos preciosas perlas. El lago entonces la levantó como si se hallase en un columpio y en uno de sus movimientos, la arrojó á la opuesta orilla donde había una maravillosa casa.

No se podía distinguir si era una montaña con selvas y cuevas, ó si estaba construída. La pobre madre no podía verla: había dado sus ojos al lago.

— ¿Dónde encontraré la muerte que se llevó á mi niño? — preguntó.

— Aquí no ha llegado todavía — dijo una mujer vieja y canosa, que andaba por allí encargada de cuidar el invernadero de la muerte. — ¿De qué manera — añadió — has podido llegar á este lugar, y quién te ha dirigido?

— Dios me ha ayudado — respondió ella. — Es misericordioso y tú también lo serás. ¿Donde encontraré á mi niño?

— ¡Yo no lo conozco — dijo la vieja — y tú no puedes ver...!

Muchas flores y árboles se han marchitado esta noche: la muerte vendrá pronto á trasplantarlos. Sabrás que cada hombre tiene su árbol ó su flor, según la conformación del cuerpo. Toman aspecto de plantas que palpitan. Los niños también; observando tal vez reconozcas la palpitación del corazón de tu niño. Pero ¿qué me darás cuando te diga lo demás que hayas de hacer?

— Nada tengo que darte, — dijo la madre angustiada — pero iré por tí, hasta el fin de la tierra.

— Eso no me interesa — dijo la vieja — pero puedes darme tus largos y negros cabellos: ¡son tan hermosos! Recibirás en cambio mis cabellos blancos que te darán experiencia.

— ¿No pides más? — dijo la madre; — tómalos. Dióle sus hermosos cabellos, y recibió en trueque las canas de la vieja.

Y entraron en el gran invernadero de la muerte, donde flores y árboles crecían á maravilla. Allí había hermosos jacintos debajo de campanas de cristal, y lozanas peonías. Crecían plantas acuáticas, frescas algunas, otras enfermizas: pequeñas serpientes se recostaban sobre ellas, y cangrejos negros se asían de sus tallos. Había palmas, robles y plátanos; perejil y tomillo florecientes. Cada árbol, cada flor tenía su nombre; todas significaban una vida de infortunio. Había plantas en pequeñas macetas, que se estrechaban las unas á las otras: también había muchas delicadas florecillas en tierra jugosa, con musgo en rededor y cuidadas atentamente.

La madre fué examinando todas las florecillas, y entre millares de tallos, reconoció el de su hijo.

— ¡Este es! — exclamó casi exánime, abrigando con su mano una pequeña planta enferma que se doblegaba hacia un lado.

— No toques la flor — dijo la vieja; — ponte aquí, y cuando venga la muerte, que esperamos á cada instante, no consientas que arranque la planta; amenaza que harás lo mismo con las otras flores, y ella se inquietará, pues debe responder de todas á Dios.

Esparcióse un frío intenso por la sala; la ciega comprendió al punto, que la muerte había entrado.

— ¿Cómo has podido hallar el camino? — le dijo la muerte. — ¿Cómo llegar antes que yo?

— ¡Soy madre! respondió ella.

La muerte extendió su mano rígida hacia la delicada flor; pero ella la cubrió con sus manos tan cuidadosamente que no tocó una sola de sus hojas. La muerte sopló entonces sobre sus manos; la madre se estremeció retirándolas.

— ¡Contra mí nada puedes! — dijo la muerte.

— ¡Pero Dios sí! — contestó ella. — ¡Restitúyeme á mi niño! — añadió, y lloró é imploró.

De repente asió con las manos dos lindas flores y exclamó:

— ¡Arrancaré todas estas flores; tanta es mi desesperación!

— ¡No las toques! — dijo la muerte — Dices que eres infeliz, y ¿quieres hacer infeliz á otra madre?

— ¿Infeliz á una madre? — dijo la pobre mujer, y dejó al instante las flores.

— Toma tus ojos — dijo la muerte. — Los he sacado del lago: ¡brillan tanto! ignoraba que fueran tuyos; tómalos; ahora son más claros que antes; mira en el profundo pozo de aquí al lado. Te diré los nombres de las dos flores que intentaste arrancar, y verás el futuro, la vida humana de ellas. Verás lo que quisiste destruir.

Miró dentro del pozo, la dicha era una de las flores; ¡cuánta felicidad y alegría la rodeaban! La madre miró á la otra flor, rodeada de necesidades, dolor y miseria.

— ¡Tal es el destino de cada una! — dijo la muerte.

— ¿Cuál de las dos es la flor de la desgracia, y cuál la bendecida? — preguntó ella.

— Eso no te lo diré — respondió la muerte — pero sabrás que una de esas flores es tu niño. Era su suerte lo que contemplaste; el futuro de tu propio hijo.

Entonces la madre gritó llena de terror.

— ¿Cuál de ellas? ¡Dímelo! ¡Libra al niño inocente! ¡Sálvale de toda esa miseria! ¡Llévalo antes al reino de los cielos! ¡Olvida mis lágrimas, olvida mis ruegos y todo lo que he hecho!

— ¡No te comprendo! — dijo la muerte. — ¿Quieres tu niño, ó debo irme con él hacia aquel lugar que tú no conoces?

Y la madre retorciendo las manos, se arrodilló y rogó á Dios diciendo:

— ¡No me oigas! Si yo suplico en contra de tu voluntad, que es siempre la mejor, ¡no me oigas!

E inclinó la cabeza sobre el pecho.

Y la muerte huyó con el niño hacia el país donde se aguarda siempre á los ángeles.

NOCTURNO INDIANO

Suelta la lona á los vientos
en una negra piragua,
surcando va por el agua
el indio Caonabó.

Y mientras la nivea espuma
bajo la proa riela,
mirando la blanca estela
de su bajel, así habló:

«Adios, envidiada
esposa del día,
adios, patria mía,
que más no veré.

En tí se quedaron
la choza incendiada,
la madre adorada,
la virgen que amé.»



En tanto ligera, surcaba en el agua
la negra piragua,
las olas rompiendo con sordo rumor,
y el indio en la popa, tendida la vela
miraba la estela,
cantando á los vientos su negro dolor.

« Por siempre te quedan
mis bellos palmares,
los dulces cantares
que alzaba mi voz;
y el río que amaba,
mis montes, mi cuna,
mis cielos, mi luna,
mi altar y mi Dios. »

En tanto cual ave que rápida vuela,
tendida la vela,
la negra piragua cortaba la mar;
y el sol en ocaso, su frente inclinaba,
y el indio bogaba,
oyendo en la proa las olas bramar.

« Llevad á mi patria,
con roncós clamores,
llevad, ¡oh condores,
mi triste cantar!
¡Decid cómo el indio
por siempre reposa;
los cielos, por losa,
por tumba, la mar. »

Y mientras se hundía la negra piragua,
surgiendo del agua
la luna en las sombras su faz levantó;
los ecos del indio la voz repitieron....
las ondas gimieron,
después.... ya ni al indio, ni al eco se oyó.

FELIPE TEJERA.

CRÓNICA

El día 1.º del actual se verificó la apertura del curso académico en la Universidad central, leyendo el famoso catedrático D. Marcelino Menéndez Pelayo un trascendental y copioso discurso sobre la filosofía española, dedicando en él párrafos elocuentísimos á la memoria de los ilustres catedráticos Camús y García Blanco. La prensa unánime dedica frases de admiración al trabajo del disertante.

— Su Santidad recibió en audiencia privada no ha muchos días á nuestro distinguido amigo y colaborador el Sr. D. Rafael García Santisteban, Jefe de la Sección de la Obra Pía, en el Ministerio de Estado, á quien acompañaban los Sres. Rector de San Francisco el Grande y Arquitecto de dicho Ministerio.

Según escriben de Roma, llevó la palabra en latín el ilustrado Rector de San Francisco, y nuestros compatriotas escucharon desde el primer momento cuánto amaba el Pontífice á los españoles, pueblo que calificó León XIII de leal, religioso y valiente.

Sirviéronle los recuerdos unidos á la restauración de San Francisco el Grande, para hablar del amor que guardaba su alma á la memoria de Alfonso XII y del cariño que profesaba á su inocente hijo y á la virtuosa Reina Regente de España, Princesa tan animosa como buena, que le envía con sus frecuentes cartas inolvidables consuelos, siendo así digna soberana de una nación donde Sevilla como Toledo, Granada como Valencia, Barcelona y Madrid, las ciudades todas de España y con especialidad

las islas Baleares, de quienes acaba de recibir un mensaje firmado por 150.000 de sus habitantes, rivalizaban en testimonio de amor al padre común de los fieles.

— Se ha celebrado en Salamanca el sínodo diocesano convocado en aquella capital, con asistencia de 176 Sacerdotes, además de los individuos del Cabildo.

El Magistral de la Catedral, D. Francisco Jarrín, pronunció un discurso en latín, que versó acerca de la misión del clero en la sociedad.

Al acto concurrieron infinidad de personas y gran número de comisiones y autoridades.

— Recientemente ha fallecido en Italia el Cardenal Plácido María Schiaffino, llamado generalmente en Roma el *Cardenal Blanco*. Entró á los diez y siete años de edad en la Comunidad benedictina del monte Olivete, de la que en 1870 era General. Fué consultor del Santo Oficio en los asuntos extraordinarios, Obispo de Nyssa, Presidente de la Academia eclesiástica, Secretario de la Congregación de Obispos y Regulares y Presbítero Cardenal del título de los Santos Juan y Pablo en 1884. Últimamente había sido nombrado sucesor del Cardenal Pitra en el cargo de Bibliotecario del Vaticano.

El objeto especial de los estudios del Cardenal Schiaffino fué el derecho canónico, al que añadió el de la actual política, y á él deben su extraordinaria pericia muchos de los actuales diplomáticos romanos.

— El Congreso reunido en la Sala del Círculo popular de la Exposición de París y presidido por M. Say, con adhesión de muchos hombres importantes y que no pertenecen al catolicismo, ha tratado la cuestión del trabajo en el domingo, votando las conclusiones siguientes:

« 1.º El descanso del domingo es posible, más ó menos riguroso, en todas las industrias. El domingo es el día en que más conviene, así al amo como á los operarios, tanto bajo el punto de vista del individuo, como del de la vida de familia, y es bueno que todos descansen en un mismo día.

» 2.º Cuando por razones de fuerza mayor, técnicas ó de otra clase, sea esto irrealizable, debe suplirse por otro día de vacación; de suerte que el operario goce el descanso cincuenta y dos días al año, distribuidos en períodos regulares. Este descanso permite al hombre producir un trabajo más considerable y perfecto, por cuanto contribuye á mantenerle de buen humor y repara sus fuerzas físicas. »

Resulta de esto que los librepensadores convienen con los hombres de fe, en que el día de fiesta no se debe trabajar.

— Un nuevo Congreso Católico se ha reunido en Plaisanec (Italia), bajo la presidencia del eminente Cardenal Alfonso Capecebre, Arzobispo de Capua. Toman parte en sus trabajos 5 Arzobispos, 11 Obispos y cerca de 60 representantes de Prelados. Se cuentan además otros 250 congresistas, Sacerdotes, profesores, periodistas, oradores, etc.

El Congreso es muy importante, y puede decirse que la enseñanza de la Religión constituye el punto esencial de la acción católica. El Congreso ha emitido un voto pidiendo al Papa que se redacte un Catecismo único para toda Italia.

— En los Estados-Unidos, según cuenta un periódico, se estima en más de 2.500 millones de duros el capital invertido en la industria lechera; 15 millones de vacas producen la materia prima, necesitando para pastar 60 millones de acres de tierra cultivada; 750.000 vaqueros y un millón de caballos para su cuidado.

Las vacas y los caballos consumen al año 30 millones de toneladas de heno, 90 millones de toneladas de harina de avena, 275 millones de fanegas de avena, 2 millones de fanegas de salvado y 30 millones de cebada. La alimentación de estos animales cuesta al año 450.000 duros y su cuidado 180 millones.

— En la Sagrada Congregación de Ritos y en diversas Diócesis de Francia se preparan estos expedientes de beatificación:

En París, R. M. Barat, fundadora de las Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús, dedicadas, como sabemos, á la enseñanza de niñas, y cuyos colegios ocupan lugar distinguido en casi todas las principales ciudades de Europa y América. En Evreux, el Arcediano Bourdon; en Coutances, el P. Eudes; en Troyes, la M. Capuis de la Visitación de Nuestra Señora; en Avignon, otra religiosa de la misma Orden; en Rhodéz, la M. Emilia Roelat; en la Rochelle, María Eustella; en Belley, el Cura Párroco que fué de Ars; en Tours, M. Dupont; en Quimpier, Miguel Nobletz, llamado el Apóstol de la Baja Bretaña en el siglo XVIII; en Angers, la M. Juana de la Nove, fundadora de las Hermanas de Santa Ana.

— Se ha establecido un magnífico Observatorio astronómico en *Antananarivo*, en la cumbre de la montaña de Ambohidempona (Madagascar), dirigido por Padres jesuitas, auxiliados por sus discípulos indígenas. Este Observatorio está llamado á prestar grandes servicios, dando á conocer al país las numerosas observaciones astronómicas, magnéticas y meteorológicas que podrán obtenerse con los aparatos llevados al efecto y que son los mejores en su clase.

— Acaba de inaugurarse en la costa de Jutlandia, en Dinamarca, bajo la dirección del ingeniero Fleischer, el faro de Hanstholm. Dos máquinas de vapor de 35 caballos de fuerza cada una, colocadas en el piso inferior de la torre, alimentan las dos máquinas magneto-eléctricas del sistema de Meritens perfeccionado, y éstas suministran la corriente para la gigantesca lámpara eléctrica contenida en la linterna del faro. La fuerza de este gran arco voltaico se ha calculado en dos millones de bujías.

Las máquinas de vapor están en relación con dos grandes trompetas que por medio del aire comprimido funcionan cuando las nieblas son tan espesas que ocultan á alguna distancia la luz.

— Grande excitación causa el hallazgo de perlas en las inmediaciones de Alabany, en el Estado de Wisconsin. Innumerables tiendas de campaña se levantan á lo largo del río, ocupando una extensión de millas, y diariamente se extraen gran número de perlas. Últimamente se encontró la perla más hermosa y perfecta de las que hasta ahora se han extraído. Sus dueños no aceptaron una oferta de 3.500 duros que hizo un agente de Nueva York.

NOTAS SUELTAS

PENSAMIENTOS DE ESCHILO

La lengua es el verdadero acusador de los vanos pensamientos de los hombres.

En la muerte está el único bien.

Las calamidades, cuando vienen, no pasan de largo, sino que descargan.

Justa ó no, los dioses aplauden siempre la victoria.

El campo de la maldad rinde por cosecha la muerte.

El tirano nuevo es siempre duro.

Las razones, son médicos del ánimo enfermo.

Lo mejor para el sabio, es no parecerlo.

El pueblo se suelta á hablar libremente, así que ha soltado el yugo que le obligaba á doblegarse.

Naturaleza dió á los humanos las adversidades por patrimonio

De la flor de la soberbia sale la espiga del crimen: la mies que se coge es mies de lágrimas.

Grave cosa es que un pueblo airado dicte sentencia: que la maldición popular es deudo que se paga.

No son baluarte las riquezas para quien en el tedio de la hartura, derriba con pie sacrilego el ara santa de la justicia.

Pocos hombres son de condicional, que celebren la buena fortuna del amigo sin envidiarla.

La modestia es el don más precioso de los hombres.

No es digno de envidia el que no es envidiado.

La felicidad, de ordinario, nos hace desdeñosos.

¡Oh condición de las cosas humanas! Prósperas, cualquiera sombra os pone en huída; adversas, el frote de una esponja húmeda basta para borrar vuestra imagen.

Todos los ríos del mundo que juntaren sus aguas, no serían bastante á purificar mano que manchó el crimen.

Los hijos son la gloria de su padre, que le salvan de que muera con él su nombre; bien así como corchos que mantienen á flote la red y no la dejan irse á fondo.

No hay mortal que pueda asegurarse una felicidad perpetua; hoy éste, mañana aquél, todos han de tropezar con el dolor.

El tiempo, al par que envejece, va borrando muchas cosas.

Los remordimientos ayudan á aprender á bien vivir.

La guerra..... con el extranjero, y no larga.

* * *

A un industrial que acaba de quedar viudo, le dice un amigo:

— ¡Consuélate, hombre, que te han dado una cruz en la Exposición de París!

— Una cruz — contesta compungido el expositor — ¡nunca será tan grande como la que he perdido!

* * *

LAS CADENAS

Las cadenas que penden del muro exterior del templo de San Juan de los Reyes en Toledo, son un *ex-voto* de Isabel la Católica.

Su historia es tan interesante, tan tierna, que bien merece se las considere como reliquias dignas de figurar en los muros interiores de un templo.

A mediados de Marzo de 1484 se reunía en Antequera el ejército que, mandado por el Rey en persona, había de emprender la campaña contra los moros de Granada. Avisó el Rey que tardaría algunos días en llegar, pues le detenían altos asuntos



PORTUGAL (CINTRA, MONSERRATE).

de la gobernación del reino. Para entretener el ocio hasta la llegada y dar expansión al espíritu marcial de aquella juventud fogosa, se reunió una falanje de 2.000, caballeros la flor de la nobleza castellana, todos de las principales familias de España y también los de la Orden de Santiago. Decidieron correr los montes de Málaga, llenos de entusiasmo y confiados en la pujanza irresistible de tan brillante y poderosa hueste.

El día de San Benito, 21 de Marzo, entraron en las profundidades de los valles de la Axarquía: de pronto se encontraron envueltos, acibillados á flechazos y pedradas, sin que pudiesen comprender de dónde ni cómo venía tan rudo é inesperado ataque. Trescientos hombres, casi todos carboneros, leñadores y pastores, capitaneados por Muley-el-Zagal, hermano del rey de Granada, eran los que atacaban á los que en campo raso habrían podido acometer á un ejército. El desastre fué espantoso: toda la cristiandad, comenzando por Roma, vistió luto cuando se recibió la noticia. Ochocientos caballeros quedaron muertos y muchos más cautivos, salvándose sólo 40, guiados por el gran maestre de Santiago D. Alonso de Cárdenas y por el Aquiles de aquella guerra, D. Rodrigo Ponce de León, Marqués de Cádiz.

Tiempo adelante, al ser conquistada Ronda y Málaga, aparecieron aquellas víctimas de su temeridad patriótica, sacadas de las mazmorras en casi completo estado de desnudez y cargados de gruesas cadenas. Cubierta su desnudez con las ropas de los caballeros y soldados que existían á su salida de los ca-

labozos, y presentados á la reina, mandó que en el acto y delante de ella, se les quitasen las cadenas y fuesen llevadas á Toledo y colgadas en los muros de San Juan de los Reyes, en acción de gracias á Dios y como recuerdo de su misericordia al librar á tan nobles cautivos.

Tal es la historia de aquellas cadenas, no tenida en cuenta ó estimada en muy poco por cierta autoridad, que dispuso de más de la mitad, para usos muy distintos del que les dió la grande Isabel la Católica.

* * *

MÁXIMAS DEL PÍCARO MUNDO

Si te haces temer, no te importe que te hagas aborrecer.

Para entrar, entra abriendo brecha: para subir atropella.

Besa el calcañar del que tengas encima y pisotea al que tengas debajo.

Cuida el pulmón, que es el agente de la voz. Tu mejor obra serán tus palabras. Chillando te harás hombre.

Toma posición y explótala para tu negocio: el negocio es hoy alma de la sociedad.

Para medrar enróscate al árbol: la mala hierba mucho crece.

Para ser buen español necesitas ser disidente: no estés nunca conforme con los demás.

Quema los libros y estudia en los casinos, en el salón de conferencias y en la plaza de toros.

Por el camino del escándalo se llega á todas partes: á los calabozos lo mismo que á los palacios.

P.

* * *

En los « Dos Cisnes »:

— Muchacho, si no me traes las ostras, no puedo empezar á almorzar.

— Al momento, señorito. (Este viejo tiene genio.)

— Muchacho, las ostras; que estoy esperando media hora.

— Se están abriendo.

— ¿Con qué?

— Con la cuchilla.

— ¡Ah! creí que las abríais por el sistema de la persuasión.

* * *

Un soldado leyendo en el cuerpo de guardia:

En el Cabo de Gata se ha descubierto un filón de oro.....

El sargento indignado:

— ¡Ya lo creo! ¡Canalla! ¡Ese es el cabo que desertó con los fondos de la caja!

JABON REAL VIOLET JABON
DE THRIDACE único inventor 29, B^a des l'Allons, Paris VELOUTINE
Recomendados por autoridades médicas para higiene de la Piel y Belleza del Color.

LA VERDADERA
AGUA DE BOTOT
El único Dentífrico aprobado por la Academia de Medicina de París
El mejor calmante contra los dolores de muelas.
Encomendado especialmente con los **POLVOS de BOTOT**
con Quina para los cuidados de la boca.
229, Rue St-Honoré, Paris
Y en todas las buenas Droguerías, Perfumerías y Peluquerías.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.193.